

anduve, que llegué á un barrio allá lejos: no había encontrado á quien pedir una limosna, y además iba tan asustada que no me acordaba de comer. Llegada la noche entré en un almacén de maderas y leña, y como era pequeña me metí por debajo de una puerta vieja, me escondí en unas cortezas y virutas que había debajo de un montón de palos, y me quedé dormida. Cuando iba á ser de día sentí ruido, y me introduje más debajo de los maderos. Casi tenía calor y si hubiera tenido que comer, nunca habría pasado mejor noche de invierno.

— Como yo en el horno de yeso.

— No me atrevía á salir del almacén, porque pensaba que la Lechuza me buscaría por todas partes para arrancarme los dientes y ahogarme.

— ¡ Vaya, no me hables más de esa bruja, que me revuelves la sangre! Lo cierto es que pasaste mucha miseria; mucha. ¡ Pobrecita mía! Por eso me pesa de haberte asustado ahí fuera:... no te hubiera pegado, no... á fe mía.

— ¿ Por qué me habías de pegar, si no tengo en el mundo quien vuelva por mí!

— Pues justamente no te pegaría porque no eres como las demás, y porque no tienes quién te defienda. Pero aunque digo que no tienes, es sin contar con el amigo señor Rodolfo... que no se duerme cuando oye que te quejas.

— Adelante, hija mía, — dijo Rodolfo. — ¿ Cómo has salido del almacén?

— Al día siguiente, á eso de mediodía, oí ladrar un perro grande debajo de los maderos que me encubrían, y cuanto más escuchaba más sentía que se iba acercando hacia mí; hasta que por último oí una voz de hombre que decía: « El perro ladra; sin duda hay gente en el almacén. » — « Son ladrones, » repuso otra voz. Y los dos hombres azuzaban el perro y le gritaban: « ¡ Entra, entra! » Como el perro se acercaba y temía que me mordiese, empecé á gritar pidiendo socorro con todas mis fuerzas. « ¡ Hola! » dijo la voz: « cualquiera diría que es un niño el que está ahí. » Llamaron al perro, salí de entre los maderos, y me hallé cara á cara con un señor y con un muchacho vestido de blusa. « ¿ Qué haces en mi almacén, ladroncilla? » me dijo el señor muy enfadado; y le respondí juntando las manos: « Por Dios, señor, no me hagáis mal; hace dos días que no como: me escapé de casa de la tía Lechuza, que me arrancó un diente y quería echarme á los peces. Como no tenía en donde acostarme, me metí por debajo de la puerta y dormí esta noche sobre las cortezas entre vuestra madera, creyendo que no hacía daño á nadie. « ¿ Á mí con esas? es una ladronzuela que viene á robarme los palos. Anda á buscar la guardia, » dijo el señor á su criado.

— ¡ Mira el viejo bruto! ¡ Llamar la guardia!! ¿ Por qué no llamó también la artillería? exclamó el Churiador. ¡ Robarle los maderos!... y no tenías más que ocho años... ¡ qué animal!

— Es verdad, porque el criado le dijo: « ¿ Cómo había de robar esta criatura, señor, si es mayor que ella el mejor de los palos que hay aquí? » « Tienes

razón, le contestó el señor; pero has de saber que no se introdujo en el almacén para robarlo ella, sino para que otros lo robasen. Los ladrones se valen de niños para que se oculten y les abran luego las puertas de las casas. Es preciso llevarla al comisario. Cuidado que no se escape.

— ¡ Cuerpo de tal! — dijo el Churiador; — ese hombre era más duro que sus palos...

— Me presentaron al comisario — continuó la Cantaora; — dijo que era una vagabunda y me llevaron á la cárcel, de donde fui conducida ante el tribunal y condenada á permanecer hasta la edad de diez y seis años en una casa de corrección. ¡ Mucho se lo agradecí á los jueces!... en la prisión tenía que comer, y nadie me zurraba: era un paraíso comparado con el desván de la tía Lechuza. Me enseñaron á coser; pero era muy perezosa, y me gustaba más cantar que trabajar, sobre todo cuando veía el sol. ¡ Ah! cuando hacía buen tiempo en el patio de la cárcel, sin poder contenerme, y á fuerza de cantar me parecía que no estaba presa; y como cantaba tanto me pusieron entonces el nombre de Cantaora, en lugar del de Chillona que tenía. Por último me dieron libertad luego que cumplí los diez y seis años. Á la puerta de la prisión hallé á la tía Pelona, dueña de esta taberna, y dos ó tres viejas de las que visitaban algunas veces á mis compañeras de encierro, las cuales me tenían ofrecido que me darían que hacer cuando saliese de la prisión.

— ¡ Ya, ya! ¡ ya entiendo! — dijo el Churiador.

— « Prenda mía, me dijeron la Pelona y las viejas, ¿ quieres venirte con nosotras? Te daremos vestidos nuevos, y no tendrás más que hacer que divertirte. » Como desconfiaba de ellas, rehusé la oferta y me dije á mí misma: « Sé coser y tengo doscientos francos en el bolsillo... Hace ya ochó años que estoy presa, y deseo ser libre y feliz, porque esto no hace daño á nadie: cuando se me acabe el dinero no me faltará en qué ganarlo... » Así es que me puse á gastar sin precaución mis doscientos francos, y éste fué mi gran pecado (añadió Flor de María dando un suspiro): mejor me hubiera sido buscar desde luego algún trabajo... pero no tenía quién me aconsejase. Ya se ve... á la edad de diez y seis años... sola, en medio de París. En fin, lo hecho, hecho: en el pecado llevé la penitencia. Empecé, pues, á gastar sin tino el dinero. Llené de floreros mi cuarto... ¡ me gustan tanto las flores!... Luego compré un vestido y un lindo chal, y me iba de paseo al bosque de Boulogne, á San Germán, á Vincennes, al campo... ¡ ah, me gusta tanto el campo!

— Con un amante, ¿ es verdad, paloma? — preguntó el Churiador.

— Nunca he pensado en eso; Dios lo sabe. Lo que yo quería era que nadie me mandase. Andaba siempre con una compañera de prisión, muy buena muchacha, á quien dieron el nombre de *Alegria*, porque siempre estaba riendo.

— ¡Alegría, Alegría! yo conozco ese nombre — dijo el Churiador con aire pensativo.

— Apostaría á que no la conoces: es una muchacha muy honrada. En la prisión, aunque era la más alegre, era también la más trabajadora, y sacó lo menos cuatrocientos francos libres de su trabajo... ¡Luego es tan ordenada y tan económica!... Cuando dije que no tenía con quien acompañarme no tuve razón: ¡ah! si hubiera seguido sus consejos otro gallo me cantara... Después de habernos divertido por espacio de ocho días, me dijo: « Ya hemos holgado bastante, y ahora es menester buscar trabajo y no gastar el tiempo en fruslerías... » Iba á concluir entonces la primavera de este año... ¡que tiempo tan hermoso!... y como me gustaba andar por el campo y por las alamedas, la respondí: « Quiero divertirme un poco más, y hasta que pase algún tiempo no pienso buscar trabajo. » Desde entonces no la he vuelto á ver; pero supe hace algunos días que vive en el barrio del Templo, que es muy buena costurera, que gana lo menos veinte y cinco sueldos diarios y que vive en un cuarto amueblado por su cuenta... ¡Dios mío, no iría ahora á verla por cuanto hay en el mundo! Me parece que me moriría de vergüenza si me encontrase con ella.

— ¡Pobre niña! — dijo Rodolfo; — gastaste todo tu dinero en ir y venir al campo. ¿Te gusta mucho el campo?

— ¡Ah, sí, Señor! toda mi ambición es vivir en el campo. Alegría, por el contrario, prefiere vivir en París y pasearse en los Baluartes... pero era tan buena y tan complaciente, que sólo por darme gusto salía conmigo de la ciudad.

— ¿Y no has guardado siquiera algunos sueldos para vivir mientras no hallas trabajo? — preguntó el Churiador.

— Sí; había reservado unos cincuenta francos... pero quiso la fortuna que mi lavandera fuese una mujer llamada Loreto, que no tenía amparo debajo del cielo: tenía entonces la barriga á la boca, y estaba siempre metida con los pies y manos en el agua para ganar la vida. Llegado ya el caso de no poder trabajar se vió desamparada, próxima á la hora de parir y sin tener con qué pagar el cuarto, del cual la echaron por último. Solicitó entrar en la Bourbe; y no había vacante. Por fortuna halló una noche junto al puente de Nuestra Señora á la mujer de Gobin, que estaba oculta hacia algunos días en la bodega de una casa medio demolida detrás del hospital general....

— ¿Por qué se ocultaba de día la mujer de Gobin?

— Para huir de su marido que la quería matar. No salía sino de noche para comprar pan, y así fué como encontró á la pobre Loreto, la cual estaba tan mala que apenas podía andar y esperaba la hora del parto de un momento á otro. Viendo esto la mujer de Gobin la llevó á la cueva en donde dormía... á lo menos era un refugio. Partió la paja y el pan que tenía con Loreto, y ésta dió

á luz un niño sin tener una triste manta con que abrigarse... La mujer de Gobin, llena de compasión y sin temer que su marido la matase, salió de su cueva ya de día claro y vino á hablarme. Sabía que conservaba aún algún dinero y que era amiga de hacer un favor, y así es que cuando me contó la desdicha de Loreto, la dije que la trajese pronto á mi cuarto y que alquilaría para ella otro inmediato al mío. Así lo hizo. ¡Qué contenta estaba la pobre Loreto cuando se vió acostada en una cama, con su hijito junto á sí en una cuna de mimbres que yo le había comprado!... La cuidamos mucho Helmina y yo, y luego que pudo levantarse la socorrí con mi dinero hasta que empezó á ganar para mantenerse.

— ¿Qué has hecho, hija mía, después de haber gastado el dinero que te quedaba con la pobre Loreto y con su hijo? — preguntó Rodolfo.

Entonces busqué trabajo, pero ya era tarde. Sabía coser bien, tenía buenas intenciones, y pensaba que cuando quisiese trabajar hallaría acomodo en todas partes... ¡Ah, cómo me engañaba!... Entré en un obrador, y como por no mentir dije que salía de la prisión, me enseñaron la puerta por única respuesta. Supliqué que me diesen trabajo de prueba, y me arrojaron á la calle como si fuese una ladrona... Entonces me acordé de lo que me había dicho Alegría, pero ya era tarde... Fui vendiendo poquito á poco la ropa blanca y los vestidos que me quedaban; y por último, cuando ya no tenía más que vender, me echaron del cuarto.... No había comido en dos días ni tenía en donde dormir... Entonces volví á encontrar á la Pelona y á una de las viejas, que sabían donde vivía y no me habían perdido de vista desde mi salida de la prisión... Como me habían prometido buscarme trabajo, me fui con ellas... El hambre me había extenuado tanto que apenas tenía conocimiento... Me hicieron beber aguardiente... y... y... ¡no sé! — dijo la infeliz criatura cubriéndose el rostro con las manos.

— ¿Hace mucho tiempo... que vives con la tía Pelona, hija mía? — la preguntó Rodolfo conmovido.

— Seis semanas, señor — respondió la Cantaora temblando.

— Ya entiendo, ya — dijo el Churiador; — te comprendo como si estuviera dentro de ti. Vamos, es preciso que lo digas todo.

— Parece que te pesa de habernos contado tu vida, dijo Rodolfo.

— ¡Ah, señor! — repuso con tristeza Flor de María; es la primera vez que traigo á la memoria estas cosas.... y á la verdad no son muy alegres.

— ¡Vaya una muchacha! — dijo con ironía el Churiador. — ¿Sientes por ventura no haber sido cocinera de un figón, ó criada de alguna vieja regañona?

— No importa... nunca debe pesarle á una joven ser honrada... — contestó Flor de María dando un profundo suspiro.

— ¡Qué puntillosa es su merced!... — gritó el Churiador soltando una risotada — ¿No será mejor que te vuelvas de sopetón un angelito con alas, para honra y gloria de tu linaje, que no conoces?



Para huir de su marido que la quería matar.

— Mis padres me echaron á la calle como una cosa sobrante... ¡ puede ser que no tuviesen ellos con qué mantenerse!... — dijo la Cantaora con amargura.

— No se lo echo en cara, no, ni me quejo; pero hay fortunas mejores que la mía.

— ¿Y á ti, qué te falta? Eres hermosa como una Venus; no tienes más que diez y seis años y medio; cantas como una calandria; pareces una Nuestra Señora; te llaman Flor de María... ¡y aun te quejas!!! ¿Qué dirás cuando tengas un brasero para calentar los *pinreles*¹ y una tinaja de pimienta á tu lado, como la tía Pelona?

— ¡Ah! nunca llegaré á su edad.

— Tienes un privilegio de invención para no envejecer... ¿verdad?

— No, pero no soy tan fuerte como ella; y además siento hace tiempo una tos muy maligna.

— ¡Oh! eso sí. Ya me parece que te estoy viendo ir en el carro de los muertos. ¡Qué boba eres! ¡Vaya una muchacha!!!

— ¿Te ocurren muchas veces esas ideas, hija mía? — la preguntó Rodolfo.

— Algunas... Mirad, señor Rodolfo, vos me entenderéis mejor: cuando voy por las mañanas á comprar la leche, con el cuarto que me da la tía Pelona, á la lechera que se pone en la esquina de la calle de la Drapería, y cuando la veo volver á su aldea con su carretilla tirada por un pollino... ¡qué envidia me da, señor Rodolfo!... Entonces empiezo á reflexionar, y digo: «Se va para el campo á respirar el aire libre, á ver á su familia;... y yo me vuelvo sola al desván de la taberna, en donde no se ve bien á mediodía.

— Pues bien, palomita; sé muy honrada y ándate con tonterías ya que te gusta la farsa, — dijo el Churiador.

— ¡Honrada! ¡Dios mío! ¿Cómo quieres que sea honrada? La ropa que llevo puesta es de la tía Pelona; la debo el cuarto y la asistencia... no puedo nearme de aquí, porque me haría prender por ladrona... Soy suya si no la pago.

Estremeciósela infeliz criatura al pronunciar estas horribles palabras, y brilló una lágrima en sus largas pestañas.

— No andes queriendo otra vida, bobona, ni te compares con una aldeana, dijo el Churiador. No pierdas el juicio. Acuérdate de que vives en la capital, mientras que la lechera ordeña las vacas, siega la hierba para el ganado y aguanta una somanta de su marido cuando viene enfadado de la taberna. ¡Mira qué fortuna envidias tan brillante!

La Cantaora no respondió. Tenía la vista fija, el pecho oprimido y su fisonomía revelaba una congoja profunda.

Rodolfo había escuchado con indecible interés este terrible relato. La miseria, el abandono, la ignorancia de la vida habían perdido á esta desdichada criatura, sola en la inmensidad de París á la edad de diez y seis años.

¹ Pies.